

## Deber de cada uno

Por Jaime Guzmán

Resulta frecuente constatar el contraste entre la tenacidad, disciplina y entrega con que los marxistas se consagran a su causa, frente a la apatía o la comodidad con que la mayoría de los defensores de una sociedad libre se desentienden de toda responsabilidad cívica. Pero suele no profundizarse suficientemente en las causas y los efectos de tal fenómeno.

El totalitario cree que la felicidad humana se alcanzará a través de un Estado omnipotente, que regule y controle la vida de cada uno de sus habitantes hasta en sus menores expresiones, según los cánones de aquella ideología única y oficial que todo totalitarismo erige en panacea.

Si al Estado se le asigna tal misión, nada puede extrañarnos que se le endiose. La revolución por alcanzar el control estatal se convierte así en una misión avasalladora, a cuyo desarrollo todo debe subordinarse. Eso explica que la política se mire como la dimensión central de la existencia humana, que todo lo absorbe. Se politiza así desde el arte hasta el deporte, incluyendo universidades, sindicatos y cualquier otra expresión social.

La sociedad libre nace de la antítesis de tal enfoque.

Ella reconoce la dignidad y trascendencia del hombre, que lo hace superior al Estado. Valora la familia como núcleo básico de la sociedad y de la proyección de cada ser humano. Reconoce en la coexistencia de muchas entidades de diversa na-



turalidad y respetadas en su autonomía para tender a sus fines específicos, la base de la estructura social. Y concibe al Estado en un carácter subsidiario y no absorbente de las actividades particulares.

Por eso, el hombre libre anhela vivir, educar a sus hijos y estudiar o trabajar sin otras interferencias del Estado que las exigidas por el bien común. Lo más ajeno posible a la política, salvo que experimente vocación hacia ésta, lo cual siempre será naturalmente escaso.

Sin embargo, aquí brota la paradoja.

Para que subsista una sociedad libre, resulta indispensable que el Estado sea conducido por quienes creen en aquélla. Porque si el Estado cae en manos totalitarias, toda persona queda sometida a su férula aplastante y nadie puede desarrollarse con libertad.

En las grandes democracias occidentales la sociedad libre está garantizada por un cuadro social autosuficiente para preservarla de la amenaza totalitaria.

Pero en los países subdesarrollados, el afianzamiento de la sociedad libre requiere un **compromiso político mucho mayor de cada uno de sus defensores**. Para desarrollarse lo más al margen posible de la política, hay que asumir -paradójicamente- un lugar **activo** en la defensa cívica de una sociedad libre que lo posibilite.

He ahí la crucial exigencia para cada chileno en el tránsito hacia la plena democracia, cuya fase culminante ya está a la puerta.